

que circulan transnacionalmente: la inmigración, el exilio, el asilo político, la soledad, la desterritorialización, el turismo, el terrorismo y la tecnología. Con todo, ni es un cine hollywoodense, pues es uno alternativo que se produce en las regiones periféricas, por sujetos que viven en los márgenes de sociedades desarrolladas y cuyo corpus lo forman la totalidad de películas producidas fuera de Occidente, ni es una literatura nacionalista, pues no modela alegorías nacionales u oposiciones ideológicas; y aunque pueda parecer contradictorio, se trata de un cine que aprovecha estratégicamente las líneas de trabajo del Tercer Cine (55): la lucha discursiva y semiótica contra el saber colonizador y las prácticas neocolonizadoras; y en el caso de la literatura, esta discurre haciendo visible el flujo, reflujo y la diáspora; así como la hibridez, la transculturación y el transnacionalismo. En todo caso, ambas prácticas simbólicas permiten reflexionar sobre el ir y venir de exiliados, refugiados, nómades, parias, explotadores o turistas, que con su desplazamiento y su modo intenso de relacionarse con el espacio que habitan, están modelando culturas e identidades que permiten comprender que no resulta sencillo definir la identidad de Latinoamérica; así, el quehacer artístico de los europeos forma, sin duda, parte de la tradición cinematográfica y literaria de Latinoamérica (cf. 232).

Entre las publicaciones dedicadas al cine y la literatura, sobre todo aquellas que toman como centro de reflexión, la producción artística de europeos en Latinoamérica, el libro de Taboada resulta importante no

sólo porque acierta cuando propone la categoría transnacional para comprender y analizar un significativo corpus artístico, sino también porque al hacerlo, en el marco de la lógica del desplazamiento humano, produce una serie de efectos de sentido que contribuyen a repensar y redefinir nociones fundamentales como identidad y tradición. Y si bien el autor profundiza en el cine, no ocurre lo mismo con la literatura. Es visible la falta de una reflexión teórica o comparativa de la idea de literatura transnacional, probablemente si la hubiera, los dos últimos capítulos podrían haber introducido una reflexión más vinculada con los modelos literarios latinoamericanos y sus diferencias o semejanzas con lo transnacional. Con todo, Taboada ha sabido plasmar con rigor, creatividad y claridad una provocativa reflexión entre cine y literatura, entre nosotros y los otros.

Javier Morales Mena

Universidad Nacional
Mayor de San Marcos

Felipe Martínez-Pinzón. *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2016. 210 pp.

En *Imperial Eyes*, texto clave para pensar la relación entre la literatura de viajes y los proyectos coloniales y científicos europeos con la producción literaria e intelectual del Nuevo Mundo, Mary Louise Pratt proponía el concepto “zona de contacto” para abordar la relación entre colonizadores/viajeros y co-

lonizados/visitados desde el territorio en donde se producen estos encuentros, concebidos como cruces e intercambio, sin ignorar, claro está, los conflictos de poder y desigualdad que dichos contactos implican. Esa posibilidad de pensar la construcción del conocimiento y las miradas sobre el Otro y sobre sí mismos desde lo espacial y, más aún, desde una región lejana a la metrópolis europea en la cual esos saberes y percepciones están llevándose a cabo, es rearticulada de manera aguda y novedosa por Felipe Martínez-Pinzón.

Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928) ubica su análisis en las diferentes formulaciones y debates locales sobre y desde el espacio nacional colombiano, desplazándose, por ejemplo, de la comúnmente señalada omnipresencia del naturalista alemán Alexander von Humboldt a la hora de abordar el imaginario americano sobre el propio territorio (eje de lectura tanto de Pratt como de otros estudios que le siguieron). Martínez-Pinzón se centra en los casos de Francisco José de Caldas, José María Samper, José Asunción Silva, Rafael Reyes y José Eustasio Rivera y propone un corpus textual —con excelentes contrapuntos pictóricos y cartográficos— heterogéneo que incluye relatos de viaje, memorias, ensayos, textos periodísticos y novelas. Todos comparten el carácter programático (o anti-programático) de ensayar posibles “soluciones” para la geografía colombiana, evaluando su potencial civilizador y sus obstáculos a la modernidad. Esta geografía *sobre y desde* la cual se inscriben los proyec-

tos nacionales de civilización y modernidad, claro está, no es más que la proyección simbólica de la misma, lo que el autor llama en numerosas ocasiones “ensoñaciones” y que, en sus posteriores concreciones, pueden volverse “pesadillas”.

El planteo central de Martínez-Pinzón es la representación del espacio tropical colombiano como cargado de una doble negatividad durante el siglo XIX y comienzos del XX: el trópico y su clima cálido son la barbarie frente a Europa, pero también lo son en su oposición al terreno elevado de los Andes y su clima templado. El autor parte de la analogía con el caso argentino para decir que si para Domingo F. Sarmiento la extensión era el mayor obstáculo que su nación debía enfrentar para alcanzar la civilización, el “mal” colombiano será el clima (13). Consecuentemente, *Una cultura de invernadero* señala que para los intelectuales, militares y políticos estudiados, el territorio no es sólo una “zona de contacto” desde la cual pensar el cruce de europeos, criollos y nativos americanos. El territorio es en sí mismo un actor fundamental, cuyas particularidades, en especial su clima, es condicionante de esos contactos y discursos resultantes. Esta perspectiva es interesante porque entonces el sujeto no se encuentra, volviendo al contexto argentino, frente a un “desierto” inconmesurable y vacío sobre el que es posible proyectar una sociedad “civilizada”. Es decir, si el indio podía ser eliminado en campañas genocidas y el gaucho, de sobrevivir a esas campañas, podía ser “transformado” o “incorporado” al proyecto nacional argentino,

los procesos de borramiento/transformación serán mucho más complejos frente al factor climático, frente a un calor tropical que no puede dejar de padecerse aún con la desaparición de los habitantes de ese trópico. Por este mismo motivo, Martínez-Pinzón encuentra una relación directa entre el clima y la violencia: no hay posibilidad de cambio climático alguno sin el ejercicio de una violencia y destrucción extremas, del ambiente y de sus habitantes.

Martínez-Pinzón propone acertadamente el término de “mirada invernacular”. Recuperando la popularidad que los proyectos de control climático tuvieron en la cultura occidental decimonónica a partir de la instalación de invernaderos, la mirada a la que se refiere el autor señala el deseo de la elite colombiana por “dominar” y “habitar” el trópico desde una distancia (como detrás de un vidrio de invernáculo) que lo proteja de cualquier contacto o contaminación. Así, por ejemplo, el capítulo 1 aborda las “fantasías de deforestación” en la obra del geógrafo y naturalista Francisco José de Caldas, quien mira hacia el trópico desde un espacio que lo separa de éste y encuentra en esas tierras naturales y opuestas a la cultura, un exceso nocivo que trae enfermedades, lujuria y molicie (29). Caldas naturaliza un discurso de dominación y desarrolla un mapa ideológico en el cual la altura de los Andes en donde residen, además, la mayor parte de los habitantes “blancos”, se representa como el único espacio posible para la civilización. Las tierras bajas y cálidas, por el contrario, son habitadas por

salvajes y concebidas sólo como “lugares de tránsito” (28) a la espera de ser “civilizadas” por medio del exterminio de la selva y el establecimiento de llanuras deforestadas útiles para su explotación y habitación.

El capítulo 2 analiza la “mirada invernacular” de José María Samper en su primera etapa política como liberal radical a partir del registro de su primer viaje a Europa de 1862. Para emprender este viaje, Samper debe transitar el río Magdalena, episodio del viaje en el que se reorganiza el mapa de Caldas y se marcan las distancias entre el viajero y la zona y sujetos “salvajes” que le rodean en la travesía.

Una vez en Europa, Samper se maravilla con las tecnologías de control de clima cuando visita el Crystal Palace de Londres y proyecta en el invernáculo la solución a las contradicciones de la civilización en el trópico. Contrario al mapa vertical y racializado de Caldas, el invernadero es un lugar horizontal deshabitado de gente “a civilizar” y que deviene por ello en espacio “paseable” de placer y confort (85).

El capítulo 3 continúa con la perspectiva invernacular y sitúa la obra de José Asunción Silva en el contexto político y social de la llamada “Regeneración” –término impregnado del discurso biologicista de control de los cuerpos– liderada por Rafael Núñez. Martínez-Pinzón se propone “descosmopolitizar” a Silva y traerlo al debate intelectual nacional colombiano (90). De esta forma, si Sylvia Molloy señalaba el “robo de voz” que José Fernández ejerce sobre Marie Bashkirtseff en su diario, el autor

señalará lo mismo respecto de la “voz” de José María Samper. En *De Sobremesa*, el plan civilizatorio samperiano reaparece como parodia y la novela, vista como novela nacional, viene a exponer la “invasión” europea al trópico americano: el trópico se europeiza en tanto desaparece (112).

El cuarto capítulo estudia la obra del militar y político Rafael Reyes y su preocupación por la integración de la selva amazónica al proyecto civilizatorio global (116). Reyes se había dedicado al comercio y la explotación de la quina y había explorado la zona del Putumayo entre 1875 y 1885: la suya será por eso una “fantasía agroexportadora” en la que la Amazonía puede volverse un polo comercial estamentado de acuerdo al clima: las alturas para los blancos y las planicies de clima insalubre para el resto de las razas. En el último capítulo, Martínez-Pinzón encuentra la misma “fantasía civilizatoria” de Reyes, pero invertida. En su recorrido por los llanos y las selvas colombianas, el protagonista de la novela, Arturo Cova, intenta liberar a los indígenas de la barbarie de los civilizados, pero fracasa y comprueba que la relación entre naturaleza y cultura no puede asimilarse bajo esos discursos civilizatorios que los capítulos anteriores comentan. Se pone en acción, como contrapropuesta, un mecanismo poético-político que Martínez-Pinzón llama “la voz de los árboles” y que concibe a la cultura como extensión de la naturaleza y no como su oposición superadora.

Con cada uno de los casos analizados, Felipe Martínez-Pinzón lo-

gra “tropicalizar el trópico,” es decir, analizar la región desde su particularidad y no en su carácter relacional respecto del proyecto civilizatorio del siglo XIX. El aporte de *Una cultura de invernadero*, así, excede el caso colombiano y resulta tan efectivo como atractivo para explorar otras regiones americanas igualmente preocupadas por la “superación” de las dicotomías hombre-naturaleza o civilización-barbarie. El siglo XIX está plagado de proyectos “invernaculares” que reclaman nuevas herramientas de lectura e interpretación que los logre captar en sus múltiples grados de complejidad del modo en que Martínez-Pinzón lo consigue para el contexto colombiano.

Finalmente, se destaca, desde el presente de la escritura, la reflexión en torno a las nefastas consecuencias que los discursos civilizatorios y modernizadores han provocado en todo el mundo, tanto en materia ambiental como política, económica y social. El proyecto de elite de la “mirada de invernadero”, construir una nación por fuera de la geografía es un plan peligroso, advierte Martínez-Pinzón, y está impulsado por una violencia (sobre los sujetos, sobre el territorio) que sólo puede generar más violencia. Este estudio propicia entonces también una reflexión sobre acontecimientos más recientes como el plebiscito sobre el acuerdo de paz en Colombia (2016), en el que triunfó la negativa de las regiones urbanas andinas por sobre el voto positivo localizado en las zonas más golpeadas por el conflicto, casualmente, la selva y las “tierras cálidas” delimitadas por el mapa de

Caldas. Frente a la alarmante vigencia y consecuencias de estas representaciones y estigmatizaciones de las regiones y sus habitantes, *Una cultura de invernadero* llama a la producción de otras formas de relación entre naturaleza y cultura que sean, efectivamente, generadoras de paz.

Vanessa Miseres

University of Notre Dame

Carlos García-Bedoya Maguiña. *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas.* Lima: Pakarina Ediciones/Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2016, 168 pp.

Los críticos literarios son aquellos intelectuales cuya labor consiste en producir sentido a partir del encuentro con la literatura. Cuando esta experiencia reflexiva se propone como minucioso trabajo de descomposición de las estructuras textuales para su análisis según los presupuestos de la teoría, la hermenéutica y la historia literarias, cuando estamos frente a este modo de práctica crítica que calibra los sentidos del texto en función de la lógica textual y en diálogo con los sentidos que circundan el contexto social, sólo en ese caso, el quehacer reflexivo sobre la literatura supera el paso del tiempo, y el trabajo del crítico logra posicionarse como un acompañante paralelo, suplementariamente fundamental, a la producción literaria del poeta, el narrador o el dramaturgo. En el campo de la crítica literaria peruana del siglo XX existen notables paralelos donde la producción literaria avanza junto

con la explicación e interpretación del texto crítico: no se puede desligar la narrativa de Abraham Valdelomar del trabajo crítico de Armando Zubizarreta (1933), así también, la poesía de Vallejo de la crítica de Américo Ferrari (1929-2016) o la narrativa inicial de Vargas Llosa del acompañamiento crítico de José Miguel Oviedo (1936). La reciente publicación de Carlos García-Bedoya *El capital simbólico de San Marcos. Estudios literarios: figuras representativas* se interesa, precisamente, en explicar cuál es el aporte intelectual (“capital simbólico”) de críticos literarios vinculados a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y que tuvieron una función primordial en el proceso de constitución y modernización de los estudios literarios en el Perú. Se trata de estudiosos de la literatura que socializaron sus primeras investigaciones entre la década de los años 30 y los 80. García-Bedoya escoge a Estuardo Núñez (1908-2013), Francisco Carrillo (1925-1999), Washington Delgado (1927-2003), Carlos Eduardo Zavaleta (1928-2011), Alberto Escobar (1929-2000), Antonio Cornejo Polar (1936-1997), Tomás G. Escajadillo (1939) y Raúl Bueno (1944). Y responde a las preguntas ¿Qué caracteriza el quehacer crítico de cada uno de ellos y cuál es el aporte que realizaron?

Si bien el texto de García-Bedoya no se organiza por capítulos, sino por la presentación sucesiva de autores, estos pueden ser distribuidos en dos grandes grupos. El primero lo constituirían quienes operan los denominados tres giros: el teórico, el interpretativo y el lati-